

VIRUCA YEBRA
LA ÚLTIMA
CONDESA
NAZI



VIRUCA YEBRA
LA ÚLTIMA CONDESA NAZI

© Viruca Yebra, 2021
© Editorial Planeta, S. A., 2021
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 13.202-2021
ISBN: 978-84-670-6283-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Unigraf, S. L.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

CAPÍTULO 1

LA SOLEDAD DEL INVIERNO

Alemania, 1945

Durante la noche el resplandor de los bombardeos había iluminado el cielo, haciendo que las nubes brillantes y pálidas lo recortaran como si fueran figuras fantasmales. El atronador estruendo convivía en la oscuridad con el pánico y la incertidumbre. Clotilde hacía tiempo que solo era capaz de dormir por agotamiento.

Esa noche, sin embargo, el duermevela habitual de la condesa de Orange se tornó en un sueño profundo... Los resplandores tomaron tregua y los ruidos de la batalla se espaciaron. Sin previo aviso, el silencio lo cubrió todo. Una sobrecogedora calma invadió el castillo. La súbita paz hacía presagiar que la última contienda al oeste del Estado Libre de Sajonia había llegado a su fin.

Se estremeció bajo el cobertor de plumas de eider que la aislaba del ambiente helador del cuarto. Tomó conciencia de su despertar cuando el silencio se transformó en miedo, y la soledad, que le acompañaba en los últimos meses, se convirtió en desamparo y tuvo la percepción de un peligro inminente.

Saltó de la cama sin calcular la pérdida de cobijo que le proporcionaba el lecho acogedor del grueso y cardado colchón de lana. Se vistió deprisa. Destemplada y tiritando de frío, se aproximó a la ventana escarchada y opaca. Expulsó con fuerza el aliento, consiguiendo que el vaho aclarara un poco el cristal. Miró hacia afuera.

El día había amanecido con una intensa bruma que impedía ver la explanada sur del castillo. La oscuridad azulada del amanecer buscaba la claridad de la nieve que, esponjosa y fresca, se mimetizaba con la niebla, y ambas conformaban un conjunto espectral. Apenas se percibía el despertar del nuevo día.

La condesa Clotilde sintió miedo. Su mundo se desmoronaba; sabía que era el fin. Pero estaba sujeta a sus raíces y se resistía a huir. Volvió a percibir en sus entrañas la inseguridad al tener lejos al hombre de su vida. De nuevo, un acceso de tristeza recorrió su cuerpo, obligándola a secarse las lágrimas. Cada día amanecía con la sensación de no creerse su realidad: estaba sola y debía enfrentarse a los hechos, sacando fuerzas de su interior.

Un destacamento de soldados franceses ocupaba desde hacía semanas las dependencias nobles del hogar creado por Clotilde de Orange y su marido, el príncipe Maximiliano von Havel.

El castillo era una edificación de piedra arenisca de Sajonia y grandes ventanales que permitían pasar la luz. De arquitectura poco agraciada, demasiado grande para ser una construcción rural y con pretensiones principescas al haber pertenecido en otro tiempo a la duquesa de Wittenberg. Su estructura podría recordar los castillos de agua. Pero su enclave lo obligaba a estar rodeado de un jardín delimitado por estilizados tilos, que protegían los campos de labor perfectamente ordenados. Todo ello enmarcado en la lontananza por la gran masa verde de Bosque Teutónico que se extendía hasta el infinito.

Clotilde von Havel, de soltera Clotilde de Orange, lo había heredado de sus padres al casarse —con apenas dieciocho años— con el que en ese momento era comandante de la Wehrmacht, las Fuerzas Armadas Unificadas de la Alemania nazi.

Entre esos enormes muros había construido su hogar a lo largo de los últimos quince años con sus tres hijos: Amalia, la mayor, que vivía con sus abuelos en Berlín; Frank y Victoria, que permanecían a su lado, y algunas temporadas con su marido cuando este aún pertenecía a la Reichswehr, las Fuerzas Armadas de la República de Weimar, antes de que Hitler las disolviera.

Un escalofrío le recorrió las entrañas. Llevaba meses posponiendo la huida, esperando tener algún futuro. Pero aquella madrugada de

principios de 1945, la melancolía hizo mella en Clotilde. Allí, apoyada en la ventana, mirando el amanecer fantasmal, recordó la última vez que su marido Max disfrutó de su hogar.

* * *

El comandante Von Havel tuvo conocimiento a principios del año cuarenta y dos de que su casa familiar de Sajonia iba a ser ocupada por el ejército nazi, razón por la cual solicitó a sus superiores un permiso especial para ser él mismo quien organizase la intendencia.

Maximiliano era un militar comprometido con el cumplimiento del deber, y tenía la rectitud de acción y la integridad como valores esenciales. De ahí que desconfiara de que soldados no profesionales cumplieran con las reglas establecidas.

Las tierras de labor pertenecientes al castillo de Orange se convertirían en un campo de trabajo. Los hombres eran reclutados para combatir en el frente, por lo que las producciones agrícolas se ralentizaban; por eso, con frecuencia, el ejército tomaba las granjas y los castillos rurales y los convertía en campos de trabajo en los que los prisioneros de guerra aseguraban la producción.

El comandante Von Havel procuró que los prisioneros estuvieran dignamente instalados, aunque carecieran de comodidades. Para ello, se improvisaron jergones y camastros. La única ropa de abrigo de la que pudieron disponer fueron las mantas que se usaban para los caballos. Clotilde en todo momento trabajó a su lado.

Antes de partir al frente, Maximiliano instruyó a su mujer acerca de las medidas impuestas por la Convención de Ginebra con respecto a los prisioneros de guerra.

—Será difícil que podáis mejorar las condiciones de los prisioneros, pero cualquier actuación es importante. Sea como fuere, nunca te enfrentes a los mandos y evita confraternizar con ellos. No cabe duda de que una ocupación llevada a cabo por «los nuestros» será más amable para la familia; pero no olvides que la guerra transforma a las personas. Tu principal misión es proteger la vida doméstica. Dentro de unos meses nos veremos en Berlín en casa de tus padres. —Max sabía de la amabilidad de Clotilde debi-

do a su educación católica: hay que tratar al prójimo como a uno mismo.

—Vete tranquilo. Haré todo lo que esté en mi mano para que los prisioneros sean tratados con dignidad. Procuraré adaptarme al hecho de tener nuestra casa en manos de la milicia. —Clotilde pensaba que Maximiliano podría encontrarse como aquellos hombres, lo que le llevaba a cumplir con el deseo de su marido.

La condesa Clotilde —le gustara o no— asumió la ocupación de su hogar no tanto como un deber patriótico sino como una imposición. Clotilde se instaló en el segundo piso del castillo, limitando el trato con los mandos, y más aún con los soldados, con los que procuraba no coincidir. Ella se ocupaba de la buena marcha de la vida doméstica del castillo, y la milicia tenía tomada la granja y la zona noble.

Coincidiendo con la llegada de la primavera de aquel año, la condesa Clotilde viajó a Berlín. Deseaba ver a su marido, ya que cada día se reducía más el tiempo de estar juntos.

Un nuevo embarazo y el repentino cambio de destino de Maximiliano hicieron que regresara a Sajonia antes de lo previsto; esta vez acompañada de sus padres, que deseaban pasar el verano en el campo junto a su hija.

El mal embarazo de Clotilde, que la llevó a guardar reposo, hizo que sus padres retrasaran el regreso a Berlín.

Los prisioneros de guerra eran vigilados por la noche y se les hacía trabajar por el día.

A medida que se adentraba el otoño, las condiciones de los que habitaban el castillo fueron haciéndose más extremas: mientras los soldados disponían de estufas y comida caliente, los prisioneros de guerra se helaban de frío y tomaban un rancho a base de sobras.

Recordando los consejos de su marido, deseaba hacer algo, pero tenía que ser muy cautelosa para no levantar la desconfianza de los nazis. El hecho lamentable de la muerte de dos prisioneros dio pie a Clotilde para intervenir.

Acudió a las cocinas para hablar con Frau Jutta, cocinera del castillo desde que se había convertido en el hogar de Clotilde y Max von Havel. Jutta tenía un aspecto rudo pero agradable, era lista y resoluti-

va, y desde el primer momento se convirtió en la mano derecha de su señora, la condesa de Orange.

—Si esto continúa así, no habrá gente que atienda la finca —oyó que comentaba Frau Jutta a sus subordinadas.

—Y si esto ocurre, ya pueden olvidarse los militares de los suministros de víveres que cada día salen de aquí —apuntó una de las criadas.

Los sirvientes, al ver llegar a la condesa, se dirigieron a sus respectivos quehaceres.

Clotilde se aproximó a la cocinera.

—Frau Jutta, tenemos que poner en marcha nuestro plan. Hablaré con mi padre para ver qué opina.

—Sí, señora condesa; creo que el señor embajador sabrá mejor que nadie cómo gestionar este problema.

—Gracias, Frau Jutta, la tendré informada; cuento con usted para lo que se decida.

Clotilde fue al encuentro de su padre, que, a pesar del mal tiempo, acababa de llegar de darse un paseo por el campo con dos de los perros pastores, de los muchos que salvaguardaban los rebaños de ovejas de los lobos.

Clotilde no se demoró en exponerle el problema.

—Es fundamental hablar con el superior al mando —apremió Clotilde.

—En estas circunstancias, si a un militar le exponemos un problema, nos dirá a todo que no. Debemos acudir a él con una solución que no le perjudique en nada o con la que incluso pueda apuntarse un tanto. —El embajador Theo de Orange era un hombre pragmático y conocía bien la mentalidad de los militares.

—Podemos decirle que disponemos de alguna ropa de abrigo de los trabajadores que se han alistado, y que podrían usarla los prisioneros para no enfermar. Igualmente, debemos pedir permiso para proporcionarles por la noche alguna bebida caliente, así como instalar una estufa en medio del barracón que caldee el ambiente —sugirió Clotilde, que ya venía pensando en ello desde hacía días.

—Son buenas ideas, y creo que fáciles de poner en marcha. Iré a hablar con el superior al mando. Le dejaré claro que estas medidas

tienen como fin el preservar la producción de la finca —concluyó el padre de Clotilde.

El mando vio en la propuesta una solución efectiva al problema, pero dejó muy claro que la tropa no se ocuparía de ello.

A partir de aquel momento, los señores de la casa se encargaron de mejorar la vida de los prisioneros.

Los rumores de que la guerra se perdía llevaron a los padres de Clotilde a plantearse regresar a Berlín, ahora que todavía los caminos estaban en manos de los alemanes.

En una de las habitaciones del segundo piso, que disponía de una chimenea rústica de buen tiro, se habilitó un salón familiar.

Al anochecer solían escuchar la BBC, algo que, por supuesto, ocultaban a los militares. La madre de Clotilde pertenecía a la aristocracia inglesa y su flema británica no dejaba lugar a dudas.

—Debemos irnos a Berlín y desde allí llegar a Inglaterra. Tu hermana Erna, aunque se pasa el día en el hospital, nos ha dicho que no soporta llegar a casa y encontrarla vacía —argumentó la madre de Clotilde, que temía por su hija mayor, soltera, enfermera en un hospital de Berlín y poco dada a la vida social.

—Estoy de acuerdo contigo, querida; las cosas van a empeorar para Alemania. Los aliados van a desplegar una gran ofensiva sin precedentes en cualquier momento. No me extrañaría que los rusos entraran en Alemania. —En su juventud, Theo de Orange había estado destinado como secretario de embajada en Londres, donde conoció a su mujer. Al finalizar la Primera Guerra Mundial, volvió a la ciudad del Támesis, esta vez como embajador.

—No comparto tu idea, papá. Los rusos jamás entrarán en Alemania. Además, yo no puedo irme; mi embarazo está en la recta final. —Clotilde quería aferrarse a su vida de siempre y se negaba a ver la evidencia.

—Podemos irnos tu padre y yo con tu hija Amalia en nuestro coche, y cuando des a luz te vienes a Berlín con los niños. —La madre de Clotilde estaba dispuesta a ejecutar su plan; hacía meses que quería irse, ya que echaba de menos su casa de Berlín.

—Veo bien que os llevéis a Amalia; solo tiene trece años, pero me he dado cuenta de cómo la miran los soldados y no me agrada nada.

Los principios liberales y profundamente católicos del anglófilo diplomático Theo de Orange chocaban con la corriente enajenada en la que estaba inmersa Alemania, donde el pensamiento vesánico de las masas era lo único admisible. Sin lugar a dudas, Clotilde amaba a su país, pero dudaba de aquellas ideas.

La condesa sentía miedo de lo que le rodeaba y deseaba aferrarse a lo único real de su existencia: su casa de Sajonia. Aquellas paredes eran su refugio; no concebía irse a otro lugar. En el fondo, pensaba que, cuando llegara la paz, las cosas volverían a estar en su sitio y ella podría seguir con su vida de antes.

El día que sus padres y su hija mayor abandonaron el castillo, Clotilde se quedó sumida en una tristeza profunda y un incontrolable miedo a la soledad, marcados por la incertidumbre de los peligros que podían acecharles, tanto a ella como a sus hijos. En plena guerra, la supervivencia del día a día marcaba lo cotidiano.

Durante sus quince años de matrimonio, había pasado por momentos de desánimo y hartazgo al sentir que su marido la dejaba sola por tener que acudir a misiones lejos de casa. Lo superó gracias al amor incondicional que sentía por él, aunque en los últimos tiempos, con frecuencia, sentía una rabia incontrolada contra Max, pues, a pesar de que ella le insistía en que dejara la carrera militar, este nunca albergó el más mínimo deseo de hacerle caso. Como consecuencia de ello, a Clotilde la invadían unos deseos irrefrenables de rebelarse contra su situación de abnegada mujer de un militar que jamás dejaría de serlo.

La soledad del día a día se había instalado en su vida: soledad en su cuarto, sus decisiones, la educación de sus hijos, en el trabajo de la granja... A Clotilde esa soledad la iba minando por dentro.

Los días transcurrían velozmente, y a la par cambiaban las condiciones de vida del castillo, donde cada vez escaseaban más los alimentos. Además, un crudo invierno se precipitaba sin remedio.

Al igual que en ocasiones anteriores, Clotilde estaba sola cuando dio a luz. Su hija Victoria nació en la primavera del año cuarenta y tres. El bebé presentaba problemas de desnutrición, por lo que necesitó cuidados extremos; debido a ello, la condesa de Orange no pudo viajar a Berlín al encuentro de sus padres y de su hija Amalia, quienes continuaban en la capital del III Reich.

El diplomático De Orange se encontró en una encrucijada: huir a Londres o quedarse en Berlín esperando el fin de la guerra.

—No iremos a Londres. Los bombardeos allí son continuos. Por ahora permaneceremos en nuestra casa de Berlín. No te preocupes por Amalia; aquí no le falta de nada. Ya viajaréis cuando la niña y tú estéis completamente restablecidas. —Theo de Orange hablaba por teléfono con su hija Clotilde menos de lo que deseaba, ya que, a medida que avanzaba la guerra, las comunicaciones cada vez se hacían más complicadas.

—En estos momentos es difícil saber en dónde estará uno más seguro. Al menos, en Berlín estáis en vuestra casa; se trata de resistir y tener suerte. —Clotilde ya no sabía qué decirle a su padre. Su propio ánimo estaba por los suelos.

* * *

El miedo a un ataque masivo del bloque aliado corrió como la pólvora por toda Alemania, pero Sajonia quedaba lejos del Atlántico. Así que Clotilde decidió que el campo era el lugar menos malo para esperar el fin de la guerra.

En junio de 1944 se perpetró la invasión, que no pudo ser rechazada por el ejército nazi. Los aliados se extendieron por Alemania como una mancha de aceite sobre el suelo. Poco a poco, fueron engullendo la Alemania nazi, arrasando a todo un país que había mirado con desprecio a naciones, pueblos y religiones.

El destacamento alemán del ejército de tierra que ocupaba el castillo recibió órdenes de replegarse. El día anterior, el joven capitán nazi que dirigía la pequeña compañía que quedaba por retirarse mandó llamar a la condesa.

—Le he hecho venir para advertirle que no se le ocurra huir a Berlín. Pero tampoco debe quedarse aquí. Los aliados no tardarán en llegar; incluso me atrevo a decir que los rusos tarde o temprano se harán con Sajonia. Mi sugerencia es que huya hacia el sur.

—Le agradezco su consejo, y deseo hacerle una petición. Sus soldados han acabado con todos nuestros víveres. ¿Podría disponer que nos dejen algo con lo que podamos emprender el viaje? —Clotilde es-

taba indignada, pero hizo acopio de su flema británica y expuso el asunto sin mostrar resentimiento alguno.

—Me temo que eso no va a ser posible. Mis soldados deben acudir a defender bastiones aún defendibles y necesitamos todos los alimentos disponibles. Esto es una granja; seguro que sabrán buscar recursos. —El joven capitán cumplía órdenes, aunque bien sabía que habían esquilado a aquella gente.

Clotilde no imploró caridad. Una vez finalizada la conversación, se fue en busca de Frau Jutta.

—Esta noche tenemos que robar a los soldados todas las latas de conserva que podamos. Cuando estemos preparadas, tendremos que huir y no podremos emprender el viaje sin víveres para subsistir en los caminos.

Aquella noche de otoño del año cuarenta y cuatro, Clotilde puso a prueba sus dotes de actriz: se vistió con ropa sencilla, se desabrochó la blusa y se dirigió a las caballerizas, donde dos soldados custodiaban los carros que de madrugada iban a partir junto al convoy.

Llevaba en sus manos dos tazas humeantes.

—Señores, en una noche como esta, un té caliente les entonará el cuerpo. —El contoneo provocador del cuerpo de Clotilde surtió el efecto esperado.

Un soldado, casi un niño, con la cara plagada de acné, sonrió a Clotilde con descaro.

—Tú sí que me entonas el cuerpo —comentó el soldado mientras su compañero se acercaba para alcanzar una de las tazas.

En ese momento, Jutta, con sigilo, aprovechó para entrar en las caballerizas. Por la tarde había visto que habían cargado las cajas con las conservas en uno de los carros.

Los soldados, que creían que Clotilde era una criada que buscaba pasar un buen rato, se acercaron a ella con procacidad. En ese momento, Clotilde fue consciente de que lo primero era la subsistencia; y dejarse manosear por dos mozalbetes, un mal menor.

Antes de que la situación llegara a más, Jutta salió de las caballerizas y simuló que acababa de llegar.

—¡Eh, tú! ¡Descarada! Vete a las cocinas a trabajar. Y vosotros, si no fuera porque os vais en unas horas, pondría en conocimiento del capitán estos hechos.

A Jutta le sudaban la nuca y la frente, pero mostró su firmeza. Los soldados sí conocían a la cocinera y sabían lo que mandaba en la casa. Así que se recompusieron y volvieron a sus posiciones como si no hubiera pasado nada.

Las dos mujeres emprendieron el camino hacia las cocinas. Jutta insultaba a Clotilde con un tono desabrido.

—Vaya mujerzuela estás hecha... ¡Qué vergüenza!

Cuando estuvieron dentro, la condesa preguntó si había podido robar las conservas.

—Enterré bajo la paja de la cuadra de los viejos percherones un buen número de latas. Mañana las ocultaré mejor. No pude robar más; si estoy un minuto más, ese par de desgraciados le hacen un niño —se rio la cocinera con cierta amargura.

—A partir de hoy, debemos ir preparándonos para nuestra huida. En cuanto se vayan los soldados, enterraremos todos los objetos de valor. Tenemos que envolverlos en retales de lino y veremos lo que nos podemos llevar. —Clotilde hacía meses que había escondido todas sus joyas. No imaginaba que jamás volvería a su casa.

El curso de la guerra cambió como las nubes inmersas en el atardecer: empiezan mostrando el resplandor rojizo y pletórico de la victoria para, al cabo de un tiempo, ir desvaneciéndose en haces geométricos de tonos azules, que, teñidos de fuego, van degradándose en el horizonte cual alegría del ocaso de las huestes nazis.

A los pocos días del repliegue de los soldados alemanes, llegaron los aliados. Si antes no estaba segura, ahora corría peligro. Clotilde era el enemigo y como tal iba a ser tratada.

La condesa había oído decir a Frau Jutta que la soldadesca francesa aseguraba que la batalla estaba perdida para los alemanes y que el desenlace era cuestión de horas. Sin embargo, los bombardeos seguían sucediéndose día y noche sin fin...

Clotilde, tras sentir la calma tensa del silencio aquella madrugada de principios del año cuarenta y cinco, en la que se despertó con el fin de la batalla, se echó encima un grueso batín que había pertenecido a su

abuelo, bajó a las dependencias de las cocinas por la escalera del servicio, dio los buenos días y se dirigió a la cocinera.

—¿Hay alguna novedad? Es increíble; me ha despertado el silencio. ¿Quiénes nos habrán bombardeado esta noche, los americanos o la Royal Air Force británica?

La cocinera se disponía a diluir en agua hirviendo la poca leche que tenía y, sin levantar la vista, le respondió:

—Creo que los británicos. Acudí a su alcoba, pero estaba usted profundamente dormida. Así que preferí no despertarla. De madrugada llegó un destacamento de soldados americanos con un oficial al frente. Si quiere, mando a decirle que usted desea verle.

—No pierda tiempo; vaya usted misma. Voy a arreglarme un poco.

Clotilde subió de nuevo a sus habitaciones e intentó vestirse con sus mejores ropas, informales pero elegantes. Se miró a un gran espejo con copete heráldico y ornamentos florales, el único mueble de su habitación que pidió trasladar al segundo piso cuando los soldados nazis ocuparon la zona noble del castillo. La segunda planta siempre había estado destinada al servicio. El suelo era de piedra, las ventanas eran de pequeñas dimensiones y las paredes carecían de ornamento alguno.

Una doncella pidió permiso para entrar a peinarla; esta reminiscencia del pasado la mantenía por dignidad, ya que durante la guerra había tenido que renunciar a numerosos privilegios de su estilo de vida.

El más notorio era la ausencia de hombres que realizaran el trabajo de la granja, dado que habían sido reclutados para la guerra. De ahí que la condesa no solo dirigiera la casa, sino que también trabajaba como una más en lo que hiciera falta.

El frío helador del dormitorio hizo que la propia sirvienta se estremeciera. En las cocinas, la temperatura era agradable; sin embargo, en el resto del edificio las estufas de porcelana o de hierro fundido solo se encendían a determinadas horas del día.

Elegante y sobria, bajó las escaleras que daban al *hall*.

Dos cuadros monumentales embellecían la entrada principal. A la izquierda, el comedor había sido convertido en sala de operaciones. A la derecha, una gran puerta de dos hojas se abría a los salones.

La condesa se encaminó a la estancia central. La dignidad emanaba de su porte sereno y al mismo tiempo altivo.

De pie, varios oficiales americanos y franceses hablaban entre ellos. El responsable del destacamento que ocupaba la casa se cuadró ante Clotilde. La condesa hizo un gesto con la cabeza para contestar al saludo marcial del militar.

Sin maquillaje en su rostro y con el cabello recogido en un sencillo moño, aquella mujer de treinta y tres años, ojos azul verdosos, piel blanquísima y rostro perfilado, tenía un atractivo envolvente y cautivador que incitaba al deseo y al mismo tiempo a la protección.

El militar, vestido con ropa de abrigo, dio un paso al frente y, acercándose a Clotilde, le besó la mano.

—Bienvenidos a mi casa —saludó sin protocolo Clotilde.

—Muchas gracias por su hospitalidad, pero, por desgracia, esta misma tarde saldremos para Berlín. Necesito hablar con usted. —El militar americano tomó a Clotilde del brazo y la apartó del grupo, acercándola a la chimenea—. Soy el mayor Henry C. Marshall y siento ser portador de malas noticias. Debo transmitirle la información de que su marido, el comandante Maximiliano von Havel, ha muerto. Creemos que fue fusilado por los suyos.

Clotilde no alcanzó a asimilar tal cosa. Miró con ojos incrédulos al militar de voz fría y semblante serio, y por un instante dudó de que le dijera la verdad.

—Pero ¿cómo lo sabe usted? Eso no es posible. —Clotilde se resistía a creer que su marido fuera un traidor.

—Nos lo han comunicado por radio los ingleses. Al parecer, pertenecía al grupo de militares que se sublevó el pasado mes de julio contra Hitler.

Así, sin más, un hombre al que no conocía de nada le informaba, sin la menor consideración, de la muerte de su marido. ¡Meses después de su fallecimiento! Y por si fuera poco lo calificaba de traidor...

Todo empezó a darle vueltas. Tuvo un desvanecimiento que la obligó a tomar asiento en uno de los sofás. Se desplomó perdiendo la consciencia por unos minutos. Le reconfortó el fuego vigoroso de la enorme chimenea de madera tallada que presidía la estancia principal de la vetusta edificación.

Clotilde había temido durante años este instante. Cada vez que recibía noticias de su marido, le angustiaba que le comunicaran que estaba herido, que había sido hecho prisionero o incluso que había muerto. El oficial americano, sin saberlo, había reducido a la nada su existencia; la había despojado de su alma, convirtiéndola en un envoltorio frío y perfecto. Se sentía morir, pero su orgullo sajón le impedía derramar una sola lágrima.

A pesar de haber convivido de una forma discontinua con Max y sentir siempre la soledad de su ausencia, Clotilde estaba unida a él por un amor casi adolescente que le hacía depender absolutamente de él. A partir de ahora, debía enfrentarse a la vida completamente sola, sin respaldo alguno de un hombre fuerte y resolutivo que le hiciera la existencia fácil y cómoda.

Estaba a punto de caer en el abismo de la nada... En ese momento, la imagen de sus hijos acudió a su rescate; de ellos sacó las fuerzas para continuar adelante. Con el corazón destrozado por la pérdida de su único amor, echó mano de lo único que le quedaba en el alma: su orgullo de mujer sajona, que le llevó a reprimir su desesperación.

—Ahora no... Mañana lloraré... Cuando no haya intrusos que se regodeen en mi sufrimiento. Cuando tenga tiempo para pensar...

Clotilde tragó saliva y respiró profundamente, reprimiendo sus lágrimas. Contuvo su rabia apretando los dientes. «A estos oficiales no les voy a dar el gusto de verme sufrir», se dijo para sus adentros. No quería mostrarse débil ante el enemigo, aunque este fuera correcto, pero distante.

El mayor le ofreció un café humeante y oloroso; algo absolutamente inusual en aquellos tiempos. Los americanos traían consigo alimentos que no se encontraban desde hacía meses.

—Siento haberle dado esta triste noticia —se disculpó el americano, sin convicción. La milicia aliada tenía la consigna de la desnazificación de Alemania, y entre esas medidas estaba la prohibición de hablar con la población civil. Eisenhower exigió durante la ocupación una política de no fraternización.

El mayor Marshall hubiera querido ser más condescendiente con la condesa Clotilde, pero debía dar ejemplo cumpliendo con la consigna de no simpatizar con los alemanes.

—Le agradezco que se haya tomado el interés de informarme —contestó Clotilde algo repuesta.

—El capitán Fortabal nos ha hecho un informe muy detallado de la buena acogida que ha dispensado a las fuerzas de ocupación. Por este motivo, vamos a expedirle un salvoconducto para que pueda huir de aquí. Le sugiero que intente entrar en la Alemania ocupada por nosotros los americanos. Aquí corren peligro de muerte. El ejército ruso está a las puertas del pueblo; no hay tiempo que perder. Cargue un carro con las pertenencias que quiera transportar y llévese a sus hijos y a quien usted desee. Pero debe ponerse a ello de inmediato. —Clotilde entendía a la perfección el inglés, ya que su familia materna era inglesa y todos los veranos de su infancia los había pasado en la casa solariega que tenían sus abuelos en los alrededores de Bristol. El mayor añadió—: Les daremos algo de comida. E insisto, llévese lo imprescindible. El viaje va a ser duro en pleno invierno. Si no se va, le auguro un final terrible a manos de los rusos —apuntó el mayor, quien desde el primer momento se mostró subyugado con la belleza de la condesa.

Clotilde salió de la estancia como una autómata; su lado práctico de la vida la llevó de nuevo a su alcoba; debía cambiar su traje elegante por uno de viaje, cómodo y de abrigo. Fue en ese momento cuando empezó a cuestionarse quién había sido realmente su marido. Él jamás le dio muestras de pertenecer a ningún movimiento antinazi, ni siquiera criticaba a Hitler en público; como mucho, en privado, alguna vez le había dicho que algunos militares nazis no respetaban el honor ni la nobleza del auténtico militar; o incluso llegó a criticar a algún mando consumido por su fanatismo.

No podía creer lo que le había dicho el mayor americano.

La viuda del comandante Von Havel decidió que viviría para conocer la verdad y restituir el honor de su marido, un militar alemán que, por encima de su propia vida, había estado siempre al servicio de su patria.

Conforme pasaban los minutos, Clotilde fue sintiéndose cada vez peor. No podía dejar de llorar con desesperación mientras se cambiaba de ropa, pero en lugar de quedarse inmóvil, la angustia hizo fluir la adrenalina impulsándola a una actividad frenética.

De nuevo fue en busca de Frau Jutta; encontró a la cocinera desayunando en el comedor de servicio. Clotilde se arrojó en sus brazos.

—Me acaban de informar de que mi marido ha muerto. —Era la primera vez en su vida que lloraba ante un subordinado. Jutta no dijo nada. Solo la abrazó, frotándole la espalda hasta que Clotilde se fue calmando—. Nos vamos a mediodía. Dígale a Antje que prepare a los niños tal y como habíamos planeado, y que los mozos Nico y Blaz suban a los carros los baúles que ya están cerrados. Yo convocaré al resto del personal en el patio de armas, por si alguien más desea huir con nosotros. —Clotilde apenas tenía fuerzas para hablar.

—No se preocupe. Gracias a Dios, llevamos meses planificando y organizando este día. Solo es cuestión de que cada uno de nosotros haga lo que tiene que hacer. —Jutta animó a Clotilde a comer algo, mientras ella avisaba al personal para que se pusiera en marcha. Fue incapaz de probar bocado, aunque mordisqueó un trozo de pan con queso que le puso Frau Jutta en un plato corriente. Al verse sola, volvió a llorar con desesperación.

* * *

En esos momentos no imaginaba Clotilde la crudeza del viaje que estaba a punto de emprender. Y mucho menos podía figurarse que jamás volvería a aquel mundo que, hasta ahora, había sido la única referencia de su vida. Ignoraba que el pasado formaría parte de una sociedad de privilegios, jerarquías y desigualdades que se desmembraba en aquellos días, en los que la invencibilidad de los rusos se hacía patente en el frente oriental.

El pequeño pueblo al que pertenecían las tierras de la familia de Orange estaba al otro lado del Elba. Los americanos tenían la orden de no ocupar objetivos militares más allá del río. No querían sacrificar vidas de soldados en tierras al este de Alemania, que luego iban a ser gestionadas por los rusos. Una vez que el Ejército Rojo entrara en el pueblo, ellos abandonarían sus posiciones para seguir hacia Berlín.

Se dispusieron dos carros tirados por caballos percherones de patas cortas y recias. El coche de la casa lo habían requisado los nazis,

pero, aunque no hubiera sido así, encontrar gasolina en aquellos tiempos era imposible.

—¿Qué es todo esto? —bramó el mayor, que había salido al patio a observar los preparativos para la marcha—. ¿A dónde se creen que van? —Los criados lo miraron confundidos. La condesa había dado la orden de cargar en los carros cuatro baúles y no entendían la contraorden—. No pueden viajar con tantos enseres. Hay carreteras cortadas, caminos intransitables..., y estos baúles solo les entorpecerían la huida. Háganselo saber a su señora. —El militar volvió a entrar al castillo maldiciendo, al tiempo que ordenaba a sus ayudantes que organizaran los carros.

Ante tal contrariedad, la condesa decidió dejar los baúles de ropa y recuerdos. Alcanzó a rescatar un «tú y yo» de exquisita porcelana de Meissen y otros objetos, además de un lienzo de Lucas Cranach el Joven, que ya desde el comienzo de la guerra había sido desmontado de su marco y cosido al interior de un abrigo de visón, al que se le dio la vuelta a fin de ocultar su valor. Con toda seguridad, esta pintura y sus joyas eran las pertenencias más valiosas que Clotilde llevó consigo junto a recuerdos personales como fotos, documentos de propiedad y las poesías escritas por sus amigas Lena y Noa Bengio, sus amigas apresadas por los nazis. Allí se quedaron dos baúles repletos de vidas pasadas.

La condesa de Orange dirigió una última mirada al castillo que había sido su hogar. La tristeza atenazó su corazón e inundó sus ojos de lágrimas que intentó contener. Apretó los dientes y subió a uno de los carros conducido por el joven aprendiz de mozo de cuadra. Con tono implacable, dio la orden de partir.

—Sola he llegado hasta aquí y sola emprenderé el camino. —Clotilde sabía que ella era el único motor de aquella expedición.

Los niños iban en el mismo carro junto con su inseparable Frau Jutta. Los habían abrigado bien. A Frank, el hijo mediano, lo vistieron con sus habituales pantalones cortos Lederhosen de cuero, que iban encima de unas gruesas medias, camisa, jersey, chaqueta y abrigo, gorro y guantes de lana. La pequeña Victoria apenas podía moverse a causa de la camiseta interior de lana que le pusieron.

Viajarían desde el Este al Oeste e intentarían entrar en Turingia, para luego alcanzar el norte de la antigua Franconia. Una vez supera-

do este trance, atravesarían toda Baviera a fin de llegar al sur de Múnich, donde solicitarían ser acogidos por el príncipe Gustav von Havel, el hermano mayor de su marido.

No tenía otra opción. Ya hacía meses que había descartado huir a Berlín. Sabía que viajar al encuentro de sus padres y de Amalia era meterse de lleno en la guerra. No podía evitar entristecerse cada vez que pensaba en su hija. Se preguntaba una y otra vez si había hecho bien enviando a su primogénita a Berlín.

Así que después de sopesar todas las posibilidades, decidió seguir las recomendaciones de los americanos y, aunque para ella fuera la peor de las opciones, emprendió el viaje hacia el sur de Baviera. Su cuñado el príncipe Gustav, a pesar de su carácter malvado, era el Fürst de la familia Havel y, como tal, tenía la obligación de socorrer a la familia de su hermano. Aunque Gustav y Clotilde sentían una mutua animadversión desde hacía quince años, en aquellos momentos esta era la única salida. Las zonas de ocupación americanas eran las más seguras.

Abandonaron el castillo evitando entrar en el pueblo. Cuando llegaron a una colina, desde donde se podía divisar el valle que dejaban atrás, pudieron ver con claridad cómo las primeras avanzadillas de soldados rusos entraban en el pueblo. Fustigaron los caballos intentando alcanzar el bosque y adentrarse en la espesura de un futuro incierto.

Atrás quedaba su vida tal y como la había conocido hasta entonces. Clotilde no quiso echar una última mirada. Quería llorar, o gritar, o golpear con fuerza la tierra, negándose a asumir su nueva situación que la condenaba a la miseria. Por otro lado, el simple hecho de pensar en ser acogida por su cuñado le producía dolor de estómago.

Su mayor preocupación era poner a salvo a sus hijos; esto era lo único que la impulsaba a buscar la protección del príncipe Gustav von Havel.